



PERIÓDICO SATÍRICO BISEMANAL, CON CARICATURAS

POR UN PERRO GRANDE

Año II.

Sevilla, 6 de Noviembre de 1880.

Núm. 114.

LO PRESENTE Y LO PASADO

Hace un instante me hicieron esta inocente pregunta:

—La composición de EL ALABARDERO á D. Paco y sus compañeros de faena pública ¿obedece á una manía ó á sistemático propósito nacido de un resentimiento personal?

Yo dí una prueba de amistad al curioso interrogador encogiéndome de hombros. No ví la necesidad de contestar ni de manifestarme sorprendido.

Por esto, sin duda, el mismo apreciable sugeto creyó necesario añadir, con más afectacion y seriedad:

—La verdad es que siempre perdices, cansa; siempre censuras á D. Paco, y cargos á D. Paco, y achuchones á D. Paco, es monótono y poco distraido; tanto es así, que yo mismo,—¡ya ve usted que yo he sido siempre amigo y apasionado de EL ALABARDERO!—pues yo mismo encuentro el proceder de su periódico poco satisfactorio, poco.... vamos, poco original.

Y siguió diciendo, al observar que yo le escuchaba distraido:

—En rigor, el Sr. Gonzalez Álvarez no es mal hombre. Se levanta temprano, es buen padre de familia y pariente afectuoso. Cumple sus deberes con inimitable puntualidad; vigila á sus subordinados; inspecciona los trabajos de éstos; amonesta y corrige con severidad; no se familiariza con nadie, para conservar el prestigio, todo el prestigio de su autoridad y carácter; no se prodiga, no se deja imponer; es sobrio, modesto, y nadie podrá atribuirle, ni se atreverá á sospechar, que obedece á móviles mezquinos ó reprobables el afán con que procura sostenerse en el cargo que ocupa por razon de ley.

Yo seguía escuchando con indiferencia al oficioso apolo-gista de D. Paco, que, advirtiendo esto, hizo alto en su discurso para preguntarme con cierto tono de impaciencia:

—¿Le molestan á usted mis reflexiones?...

—Nó, amigo mio,—le contesté,—no me molestan hasta ahora. Si siguiera usted exponiéndolas, lo más que conseguiría sería.... hacerme dormir.

—¡Eh!...

—Sí, dormir. Porque la cuestion que usted trata, en la forma que lo hace, es un arrullo que adormece, una especie de *nana* recitada que embelesa; un pasatiempo, en fin, que sólo puede distraer á ociosos horteras ó aburridas tertulias de barbería. Escuche usted:

Desde Enero de 1875 vienen siendo Regidores de nuestra ciudad los que hoy lo son, con muy pocas excepciones, que no hay que tener en cuenta para nuestro propósito del momento.

Hemos visto sucederse la administracion (como hoy se dice) del Sr. Marqués de Tablantes, la de D. José M.^a de Ibarra, la de D. José Morales y Gutierrez, la de D. José M.^a de Hoyos, y, por último, la que la casualidad, y alguna otra cosa más, ha puesto en las manos de D. Francisco Gonzalez Álvarez, ó sea D. Paco, en lenguaje *alabardevil*.

Ahora bien; recuerde usted conmigo, y á la vez recorreremos el camino del Calvario de la hacienda municipal.

Mientras el Sr. Marqués de Tablantes relegaba al cuarto de los trastos viejos y olvidados el déficit legado por anteriores administraciones, y formaba otro con sus fastuosos proyectos, con sus caprichos aristocráticos y sus espléndidas aficiones; mientras el noble prócer concertaba con el Regidor ecónomo señor Vargas obras suntuarias y lujosos alardes que multiplicaban el trabajo en los talleres del maestro Gomez, á la sazón humilde

menestral; mientras crecía la deuda y se abusaba del crédito, acumulando obligaciones para el porvenir, ese mismo D. Paco, y ese mismo Sr. Quintano, y ese mismo Sr. Moreno de Guerra, y ese mismo Sr. Perez Mateos, y todos los demás que hoy se conocen como los Ediles más experimentados, más hábiles, más estratégicos, más influyentes y de más iniciativa, esos mismos estaban en las Comisiones de Hacienda, en la de Obras públicas, en la de Matadero y todas las que por su importancia requieren un personal selecto con aquellas brillantes y excepcionales cualidades.

Vino el Sr. Ibarra cuando la susceptibilidad del Sr. Marqués de Tablantes dejó vacío el puesto de honor; cuando la Administracion especial de Consumos, confiada al Sr. Lacambra, sucumbia al enérgico empuje de una minoría victoriosa; cuando se hablaba de enormes defraudaciones, de monstruosas irregularidades y de escándalos administrativos, que traían encendidos los ánimos y convertido en campo de Agramante el Salon Capitul-ar. Recobrada la tranquilidad con la venida del Sr. Ibarra, queda el Sr. Vargas en su Economato y los Sres. Perez Mateos y Quintano, y Moreno de Guerra y los otros, en sus respectivas Comisiones de Hacienda, de Matadero, etc., etc., etc. La administracion municipal pareció que entraba en un período de tranquilidad y de orden, siquiera entónces se ofrecieran tambien algunos sacrificios ante los altares de la Vanidad y el Fausto. Pero ocurre la renovacion parcial del Cuerpo Capitul-ar, y poco despues el señor Ibarra se ve obligado á abandonar el sillón presidencial, que cede al Sr. Morales y Gutierrez, mientras los Sres. Quintano, Perez Mateos y Monti, auxiliados del *elemento nuevo*, que cuenta con la elocuente palabra, la habilidad y la ilustrada inteligencia de un Leaniz, se erigen en árbitros de los actos de la Corporacion y distribuyen los puestos de honor y confianza entre sus amigos y aliados.

Bajo tales auspicios comenzó aquel período administrativo que cuenta, entre otros hechos de recordacion memorable, la rivalidad implacable de la fracciones concejiles; escandalosas luchas en la Cámara municipal; un absoluto trastorno económico; disoluciones, cambios y reformas de las Comisiones; desprestigio y nepotismo descarado; guerra de alfilerazos, de invectivas y emboscadas. Entónces la primera Autoridad civil interviene y dirige á la Corporacion severos apercibimientos. Todo fué inútil. El desórden crece, y se realizan actos que producen una indignacion general. Se acuerda prorogar el contrato con la Empresa del Gas bajo condiciones onerosas, y se suscitan y propalan toda suerte de versiones y rumores escandalosos; se proyecta y verifica la cesion de la renta de Consumos á una Empresa particular, y se produce la perturbacion total de los intereses locales del Comercio, la Industria y la Produccion; se presentan y retiran, de un modo anómalo é inusitado, expedientes que terminan proponiendo transacciones injustificadas, con grave perjuicio para el tesoro municipal, y, por último, la Superioridad, más considerada que la opinion pública, y dentro de los términos de la parsimonia oficial, reconstituye la Corporacion y confia la presidencia al Sr. Hoyos, que obtiene más tarde análogo favor de los electores, y emprende su gestion administrativa con refuerzo de nuevos hombres y nuevos elementos, contándose entre los primeros á D. Francisco Gonzalez Álvarez.

Trascurrieron breves dias y—todos lo recordamos—se reprodujeron todas aquellas calamidades, dando constante quehacer á los Juzgados de primera instancia; pábulo á la murmuracion y á las hablillas, aumentando el malestar general.

D. José María de Hoyos abandonó su puesto como todos sus antecesores: dejando el caos detrás de sí, un semillero de disturbios entre sus rebeldes compañeros, en baja todas las rentas municipales, en alza el déficit, el crédito por los suelos, el prestigio de la Administración desgarrado entre las manos del favoritismo, y las Comisiones de Consumos, de Hacienda, de Matadero, de Obras públicas, de Policía, de Mercados, etc., etc., en manos de Perez Mateos, Moreno de Guerra, Quintano, Segura, Gonzalez Álvarez y demás hombres experimentados, hábiles é ingeniosos en el manejo de los negocios públicos.

En este punto, se levanta D. Paco y llena con su magnífica persona el vacío sillón que soportara el peso de tantos ciudadanos ilustres. ¿Cómo referir lo que ha ocurrido desde esa fecha si no es obrando conforme al consejo de un poeta anónimo; es decir, volcando el tintero sobre el papel para dar una idea aproximada de la negra página escrita por el héroe en los fastos administrativos?

El retraimiento de un número considerable de Concejales, la construcción de las célebres casetas, el tráfigo de empleados, la falta de pagos, la Comisión de Consumos presidida por un depositario de especies gravadas, la Hacienda incautándose de la renta indicada, las transferencias de crédito, la deficiencia de los servicios municipales, las dimisiones ruidosas.... ¿Quién puede enumerar ese cúmulo de extravíos, de omisiones, de conflictos realizados bajo la dirección de D. Paco, cuando nó por iniciativa del mismo, al ménos con su consentimiento y aquiescencia?

Mi interlocutor guardó silencio por algunos momentos: pero, repuesto de la impresión que pudo causarle mi narración, dijo con cierto encogimiento:

—¡Bien, sí señor, todo eso es verdad! Pero no es ménos cierto que leyendo EL ALABARDERO pudiera creerse que D. Paco es el solo causante de lo que sucede.

—Hoy lo es D. Paco, y EL ALABARDERO da con él; ayer lo fué Hoyos, y también dió con él EL ALABARDERO; mañana puede serlo otro, y—nó lo dude usted—EL ALABARDERO dará siempre con el que sea.

—Sin embargo....

—No se canse usted. D. Paco puede despacharse á su gusto, mientras pueda; puede quitar y poner, obsecarse en esto, empeñarse en lo otro, satisfacer la manía de ser Alcalde hasta durmiendo, olvidar atenciones reclamadas por la necesidad, menospreciar advertencias; todo esto, y cuanto quiera, lo puede hacer. Á su vez EL ALABARDERO, que no escribe con temas obligados, ni comulga en ninguna iglesia, ni recibe órdenes ni inspiraciones, ni reconoce dependencia política ni de ningún otro género, escribe y escribirá de D. Paco cuanto le plazca, siempre con razón y guardando el bulto, para poder hacer largo el pasatiempo.

—¿Y sólo por esa razón?...

—Y por otra más. Yo como la carne diez y siete cuartos más cara y más mala que la que comen los madrileños, ando encima de fango y de inmundicias, tropiezo con adoquines sublevados, miro cómo se gastan en *pamplinas* los humildes óbolos que indirectamente me saca el Ayuntamiento, y cómo á mi costa y á la del vecino se regodean y se dan aires de hombres de pró los que yo no buscaría ni para administrar una mala tienda de aceite y carbon, y—¡qué quiere usted!—me parece que me cobro esos malos ratos hablando con Paco siquiera dos veces á la semana.

—Pero es preciso considerar....

—Nó: lo preciso es hablar claro.

—¡Pudiera usted ocuparse de otras cosas!...

—¡Ah!; para eso hay un inconveniente.

—¿Cuál?

—Que no quiero hacerlo.

—Pero EL ALABARDERO no se cree obligado...?

—A nada.

—Ni tiene compromisos....

—Con nadie.

—¡Ay, amigo mio! ¡Pocos suscritores tendrá usted!

—¿Quiere usted dejar de serlo?

—Hombre, tanto como eso nó. Pero....

—No se canse usted. EL ALABARDERO ha hecho, hace y hará siempre lo que le plazca, sin atender miramientos ridículos y sin preocuparse de nada ni de nadie.

EL ALABARDERO EN HUELVA

Mi estimadísimo colega *El Diario de Huelva*, fundado por el amigo

Castañeda para cantar sus glorias y defender de paso á su amigo Pastor de los biliosos ataques de Santa María y del difunto *Correo*, decía en su número correspondiente al 27 de Octubre próximo pasado, dando cuenta de la muerte de un individuo cogido por un tren, lo que á la letra copio:

«Junto al cadáver se constituyó, dando lastimosos aullidos, un perro muerto.»

Si cosas así pudieran suceder, á estas horas todos los perros muertos en la capital durante el último verano por la bolilla municipal y enfermedades naturales rodearían á Castañeda y á Soldan, armando una algarabía horrorosa, y no faltarían perros alrededor del colega, que también trasciende á difunto desde que aquellos dos pro-hombres han pasado á mejor vida; pero ya se habrá convencido el simpático *Diario* de que los perros muertos no aullan.

Está visto que no *semos naide* y que no sabe uno dónde la tiene.

El día de los Difuntos, mientras las campanas doblaban tristemente, y la Iglesia elevaba sus preces al Cielo por los que fueron, y la gente visitaba la mansión de los muertos, unos cuantos Diputados lanzaban de sus cargos de Presidente de la Diputación y Vice-presidente de la Comisión á los susodichos Soldan y Castañeda.

¡Quién les habia de decir momentos ántes, cuando estaban en la plenitud de su vida de caciques y en el uso pleno de sus facultades político-administrativas, que podrían aplicarse aquellos dobles y aquellas preces por ellos!

No se lo esperaban; entraron el día 2 en la Diputación con aire de amos y señores. Sobre todo Narciso estaba como siempre y aún más que siempre hermoso y arrogante; en todo el esplendor de su olímpica magnificencia.

¿Qué iba á ocurrir allí? Nada. Una acta de Casto con una protesta.

Casto se habia permitido salir Diputado sin permiso de Castañeda. Pues bien; Castañeda le probaria que lo mismo eran para él los Castos que los Corderos, y anularia el acta con la punta del pié.

Otra acta con protesta de Merchanté, que también se habia permitido salir Diputado disgustando á Soldan. Sería también anulada, y adelante.

Fuera de tres Diputados, la Asamblea era la misma de siempre. ¿Qué habia, pues, que temer? Mas se votó Comisión de Actas y, yo no sé cómo fué aquello, tira de aquí, afloja de allá, compromete á éste, conquista al otro, la Comisión de los Sres. Soldan y Castañeda resulta derrotada por un voto.

Aún esto no prejuzgaba nada respecto á jefaturas dentro de la Diputación. En resumen, dos Diputados de oposición que se verían anulados y ahogados bajo la presión de los votos de la mayoría; pero una derrota introduce el desaliento y la dispersión en los ejércitos mejor disciplinados, y sobre todo si los generales enemigos saben aprovecharse del efecto moral que produce. En esta ocasión la derrota fué tan imprevista y tan inesperada, y los jefes derrotados descansaban tan confiadamente en su omnipotencia, que quedaron desconcertados con el golpe. Así, lejos de reponerse, no supieron reunir sus huestes, levantar su espíritu, buscar combinaciones, sostener á los vacilantes, inspirar confianza á los recelosos, atraerse á los reacios. Dejaron el campo en dispersión, y al día siguiente ya no eran nueve contra ocho; la derrota habia sido completa.

Soldan fué sustituido en la presidencia de la Diputación, y Castañeda, hoy Vice-presidente de la Comisión Permanente, fué eliminado de todas las ternas que se elevan al Gobierno para el nombramiento de aquélla. No hubo ni quien le propusiera siquiera para el tercer lugar de la quinta terna.

En fin; hasta Tello, nombrado primer Médico del Hospital en las célebres oposiciones que han dado tanto juego; hasta Sierra, abastecedor de dicho Hospital durante la dominación Castañeda, votaron en contra.

Aunque la frase esté muy manoseada, aquí hay que repetirla:

«¡¡La política no tiene entrañas!!»

Agreguémosle una coleta, para darle cierta novedad:

«¡¡Pero tiene estómago!!»

Si yo tuviera aunque no fuera más que puntas y ribetes de filósofo y erudito, adornaría la narración de esta catástrofe con una serie de consideraciones sobre la futilidad de las glorias del mundo y la instabilidad de las grandezas humanas, y traería aquí citas históricas y literarias á montones.

Recordaría que del Capitolio á la roca Tarpeya no hay más que un paso, como de la Diputación al Garduño.

Si fuera tan aficionado á mezclar latines en la conversacion como lo es Castañeda, ¡qué ocasión para exclamar!:

«*Sic transit gloria mundi!*»

Al considerar pasados alardes de omnipotencia, diría:

«Las torres que desprecio al aire fueron

Á su gran pesadumbre se rindieron.»

En fin; recordaría aquel célebre romano, arando sus tierras por sus propias manos después de haber ejercido la dictadura, y compararía con él á Castañeda, descortezando alcornoques en Valverde, y á Soldan plantando algarrobos en la Palma, después de haber sido los árbitros de la provincia.

Pero como no soy ni filósofo, ni moralista, ni erudito, ni nada; como no soy más que alabardero, me contento con decir que en el próximo aniversario de los Difuntos, mientras los demás corran á los cementerios, yo iré á la Diputación á depositar una corona sobre el asiento vacío de Castañeda.

NOTA.—Como prueba de simpatía, toda la población tomó parte en esta derrota. Los que no podían votar.... eran jaleadores.

OTRA.—El Sr. Castañeda no sacó el sable.

No ha habido desgracias que lamentar ni actas que firmar.

La narración de esta catástrofe me ha quitado tiempo para narrar la partida de Pastor, y comentar un largo suelto en que *El Diario* la describe.

«Un gentío inmenso, todas las clases de la sociedad, dice el colega, acudieron al andén á despedirlo.»

Efectivamente, allí vimos desde el pobre engrasador hasta el enco-

LOS REGOCIJOS DE UN PADRE



ÉL.—¡Vén á mis brazos, chiquita!
ELLA.—Eso le dice el sacristan á D.^a Petra cuando usted sale.

petado propietario (como Castañeda); desde el humilde empleado en telégrafos (de la Compañía) hasta el alto funcionario (como Castañeda); desde el toco mozo de estacion hasta el elegante y aristocrático *gentleman* (como Castañeda); desde el conductor de correos (porque se fué en el tren correo) que lleva por esos mundos los periódicos hasta el inspirado escritor que los alimenta (como Castañeda); desde el ahumado fogonero hasta el atildado y pulcro petimetre (como Castañeda); desde el tostado y ennegrecido maquinista hasta el lavado, almidonado y planchado elegante (como Castañeda); desde el infeliz mandadero hasta el político influyente (como Castañeda); desde el guarda-agujas hasta el que no guarda nada (como...); en fin, todas las clases sociales.

¡Ah, ménos la judicial; de ésta no habia nadie!

Pero ¿qué dirá el pobre Pastor cuando sepa la desgracia ocurrida? Apenitas volvió la espalda... habiéndole dejado tan robusto, sano y bueno.

¡Vamos, lo repito, no semos naide!

REVISTA

CERVANTES

Se va á salvar la situacion, es decir, se salvó. Los *Tenorios* han bajado á sus profundas tumbas hasta el año próximo, si es que no queda alguna estatua de *Comendador* trasconejada.

¿Conocen ustedes á Carolina Civili? Ya lo creo; la hemos tenido en el *Modesto*, teatro de á peseta elevado á la categoría de gran teatro por varios primeros actores, y la hemos aplaudido algunas veces en el género grave por todo lo alto, la tragedia; y en el cómico por todo lo idem, *Como el pez en el agua* y *La casa de campo*.

Ahora bien; ¿sigue ó no sigue en sus trece la Sra. Civili? ¿Vale más ó ménos que ántes? ¿Hace llorar lágrimas más gordas ó levanta mayores murmullos de blanda risa en los opuestos géneros que viene cultivando? Eso se verá, como dijo no me acuerdo quién ni cuándo.

La Sra. Civili pertenece á la escuela italiana, la escuela de los dramas clásicos, de los caracteres pintados por Alfieri y Manzoni, de las estolas y de las túnicas griegas.

La caída académica, el rigorismo del ademan, la rigidez sibilita, la caída á plomo de la estatua, la voz estentórea, el ¡ay! cortado y breve, la contraccion de los músculos, todo cuanto forma el sello especial de las *tablas* italianas se halla reflejado en Carolina Civili, con el aditamento y rebose de nuestra buena escuela del tiempo de las Matildes y de las Teodoras; sin embargo, las excursiones veraniegas, las compañías de cuadrilleros de la santa hermandad de la máscara, con las que, como todas las *eminencias* españolas, suele acompañarse en sus viajes de exploracion ó de explotación; en fin, todo aquello que no se indica aquí porque ha de verse allá muy pronto, nos hacen guardar en nuestros aplausos ciertas reservas, por más que confesemos que hizo bien Echegaray en dedicarle *El gladiador de Rávena*, para que lo hiciera ella sola, y algun autor dramático sevillano versitos de hojas voladoras y de rendidos corazones, como los presentes:

LAS HOJAS SECAS

Á LA EMINENTE TRÁGICA CAROLINA CIVILI
EN SU ALBUM

Cuando en la tarde del otoño triste
Baja el sol entre púrpura á las ondas,
El céfiro que juega por las selvas
Hace caer las amarillas hojas.

Ya con soplo apacible las esparce,
Ya entre el césped menudo las coloca,
Ya poco á poco las reúne en grupos
Haciéndolas crujir unas con otras.

Ya vuelan entre el polvo como nubes
De doradas y sueltas mariposas,
Ó ya suben y bajan por el éter
Como insectos fantásticos de sombra.

Y revueltas en círculo las abre,
Y las hace volar hácia las rocas,
Hasta que al fin las sume en el torrente
Haciéndolas juguete de las olas.

Así tú, Carolina, nos impeles,
Como el soplo del céfiro las hojas....
De torbellinos de placer y amores
Á precipicios de amargura y sombra.

Cuando lo quieres el afán concluye,
Cuando lo quieres el pesar se colma;
Si á tí te place nuestro llanto surge,
Si á tí te place nuestra risa brota.

Cuando tu mano trémula sostiene
El puñal ó el veneno de los Borgias,
Ó tus labios desprecian los placeres
De las nobles impúdicas de Roma;

Ya luches con los Césares altivos,
Ya tengas las diademas por alfombras,
Ya sufras los tormentos de *Estuarda*
Ó las tiernas angustias de *Sofronia*,

Siempre dóciles giran al impulso
De las pasiones que inspirada copias,
Los corazones que tu voz conmueve
Y que ante tí sin voluntad se postran.

Yo, pobre trovador, que en este valle
Por tí arranco al laud candentes notas,
Y veo tu imágen al nacer la luna,
Y al despuntar las luces de la aurora,
No tengo una corona de rubies,
Y así de *Pensamientos* la corona

Te ofrezco, que en mis débiles cantares
Dejo de tus encantos la memoria.

1868

Esto se escribia, segun la fecha de la composicion, hace doce años, por el autor de *La cruz del hábito*, en una de las excursiones de la señora Civili á los valles del Genil.

Nuestros lectores esperarán que, despues de esto, le digamos nuestra opinion, puesto que para decir las verdades del barquero no hacen falta tantas retóricas; pero como nos ha dado hoy por lo poético y lo sentimental, será mejor dejarlo para otro dia.

EL DUQUE

¿Qué diremos del *Modesto*?
Él sigue, sin más ni más,
Con sus típles y tenores
Capeando el huracau.
Si la batuta primera,
Es decir, la principal,
Es decir, la del maestro
(El otro, que nó Liñan)
Tiene que pasar las penas
De Sísifo y de Jonás;
Si se lucen pantorrillas
En la pléyade coral,
Ora de alambre torcido,
Ora de cirio pascual;
Si la *Ávila nos da el opio*,
Segun el refran vulgar,
Haciendo *Treinta ruinas*
(El verso midiera mal
Si dijera tres, y.... sumo:
Er....rata por cantidad);
Si viene de cuando en cuando

El capote de Guzman
Á dar el cambio á los bichos,
Ó á las obras, que es igual;
Si, en fin, el gran propietario
Ha procurado colar
El aire por los embudos
Con cierta formalidad;
Si la montera gotea
Y los alzapiés están
Aguardando una ocasion,
Que es seguro no vendrá,
Puesto que hay atravesañes,
Gracias á su actividad;
Si todo esto es perpétuo,
Sucesivo y eternal,
Y hay, sin embargo, sus llenos
Y no va la cosa mal,
¿Qué quereis, caros lectores,
Que diga mi pluma más
Sino que viva el *Modesto*
Hasta que venga San Juan?

ALABARDAZOS

La *Liga de Contribuyentes* ha reclamado del Jefe Económico algunas determinaciones que modifiquen la manera de ser actual de la recaudacion de derechos por consumos.

El Eco de Andalucía tiene la palabra.

En cuanto á la *Liga*, ya ha cumplido con su deber sin necesidad de gastos extraordinarios.

El Ayuntamiento de Trigueros parece que tambien lo fuma en pipa. En este Ayuntamiento parece que hay un Sr. Ventana y otro tal, llamado Camacho, que por lo visto se dedican de *mancomun et insolidum* á hacer la felicidad de sus administrados.

Á propósito de la reforma del amillaramiento y de 16,000 reales por un lado y 7,000 por otro, y á propósito de la provision de una plaza de profesor de instruccion primaria, y del local de una escuela, y del repartimiento del cupo de la sal, y de unas ovejas y cabras que se mantienen á costa de la propiedad ajena, y de otras y otras cosas curiosísimas, he oido yo cosas tan originales y raras que, francamente, no pueden reproducirse sin tener á mano siquiera un revolver de doble ó de triple sistema.

¡Valientes mozos están los susodichos Sres. Ventana y Camacho! Y no vayan ustedes á creer; están tan saludables y guapotes, que parece que no van á morir nunca.

Por lo ménos no hay temores de que se mueran pronto.

¡Qué misericordiosa es Su Divina Majestad!

Sr. Perrier: ¿Quiere usted decirnos qué pasa en las oficinas del ferro-carril de Córdoba, que no hay mozo que quiera encargarse de entregar en las de expedicion de esa línea ni un solo paquete?

Segun nuestras noticias, los mozos se están todo el dia para hacer la expedicion más pequeña; lo que demuestra que hay pocos empleados para el caso.

Ni nosotros somos periódico mercantil, ni significamos nada en asuntos económicos; si lo fuéramos ya tomaríamos esto como se merece y diríamos al Sr. Perrier en qué consisten estas misas.

¡Válgame Cristo, Señor!
Mire usted que si el Comercio
Hace esto asunto de honor
Va usté á tener viento fresco.

Entra el invierno y vienen las aguas. No dirán ustedes que nuestro Municipio es imprevisor. En cuanto sintió los primeros vienteccillos crudos puso sobre el tapete el proyecto del Neptuno británico.

Las aguas van á ofrecer tema para discutir y elemento para chupuzar.

Los Sres. Quintano y Monti se han puesto ya los salva-vidas. ¿Llegarán á la orilla? Allí les aguarda el aplauso de *Los Debates*. De todos modos, lo importante es que consigamos las aguas. Y que no se nos vayan.

No hemos visto por nuestra redaccion *El Grano de Arena*, periódico, cosa que me extraña sobremedera, porque es uno de los colegas á quien tengo especial predileccion. Este sentimiento mio es más *sensible* desde que aguardo sus estudios sobre dos asuntos de importancia, de los cuales ha prometido ocuparse con predileccion.

Por mi parte, y para hacerlo más cariñoso, le ruego no olvide el elogio de la circular famosa, y le recomiendo muy especialmente mi caricatura de hoy.

Yo siempre soy amigo de mis amigos.